

# UN VIAJE IMAGINADO

ALBERTO R. MANFRINO

## Leyendo el artículo publicado en el *Boletín del Centro*

*Naval* N° 811, donde el Capitán Barro dice que las promociones 83, 84 y 85 de la Escuela Naval Militar conocieron con creces los avatares de la guerra en tres oportunidades, mencionando la guerra civil acotada de septiembre de 1955, la Guerra Revolucionaria de los años 70 y la Guerra de las Malvinas, se me ocurrió escribir algo, imaginando una cuarta situación bélica que pudo haber ocurrido.

Fue en el año 1978 cuando el cardenal Zamoré, enviado del Papa a la Argentina, medió para que no se desatara un conflicto bélico con nuestro hermano país de Chile, por la soberanía de tres islas del Atlántico Sur, y comencé a imaginar acontecimientos que podrían haber sucedido en la realidad. Me desempeñaba ese año como Comandante del submarino ARA *Santa Fe* (S-21).

Me imaginaba, por la fecha, que durante el mes de noviembre comenzarían los preparativos y que tenía que alistarme para una patrulla de guerra. Y que, para mayor seguridad y secreto, ese alistamiento se hubiera realizado en la Base Naval de Puerto Belgrano. Claro, tenía que ser una operación realizada con la mayor de las reservas, para asegurarnos la sorpresa; en consecuencia yo, el Comandante, sería el único que sabría lo que estaba pasando. Y entonces, seguro que comenzaron a aparecer pensamientos que me darían vuelta por la cabeza. Algunos seguro serían:

- 150 años sin guerra y justo me toca a mí intervenir en una. Qué mala suerte.

Pero enseguida me vino otro:

- No, al contrario. Te estuviste preparando 20 años para ello. La Armada te formó, te capacitó, te adiestró, con mucho sacrificio para ello; y comencé a sentirme orgulloso.

Sería uno de los 4 Comandantes de Submarino, entre los 35 millones de habitantes de nuestra querida Argentina, que tendría ese honor, y que la Armada y el país depositaban en mí toda su confianza para cumplir, con esa misión; y así tenía que ser.

Comenzaría entonces el alistamiento del buque. No había que descuidar el mínimo detalle.

Iba a ser la primera vez que intervendría como Comandante en una patrulla de guerra real. Para eso me había preparado y tenía que demostrarme y demostrar que lo había hecho satisfactoriamente.

Se me hubieran cruzado innumerables temas por mi mente. Entre ellos:

- Era responsable de la vida de mis 7 oficiales y 80 tripulantes.
- Mi familia. No les hubiera dicho adónde iba, pero seguramente lo intuirían.

*El Capitán de Navío (R) Alberto R. Manfrino egresó como Guardiamarina de la ESNM el 27 de diciembre de 1952. Pasó a retiro voluntario en mayo de 1984. Fue Comandante del aviso ARA Thompson en 1976 y Comandante del submarino ARA Santa Fe en 1978. Formó parte de la Comisión Naval en Bolivia durante 1979, y en la Agregaduría Naval en Sudáfrica durante los años 1987 y 1988.*



BOLETÍN DEL CENTRO NAVAL

**Número 814**

Mayo/agosto de 2006

Recibido: 21.2.2006

Si volviera, sí podría contarlo.

- ¿Cuál sería la derrota establecida al zarpar?
- ¿Cuál sería el área de patrulla designada para el *Santa Fe*?
- ¿Cuáles serían las otras áreas para los submarinos que pudieran zarpar?
- ¿Qué cantidad y tipo de torpedos llevaría?

En fin, todas cosas que seguramente iban a suceder en el caso de tener que intervenir.

Y bueno, llegaría el día de la zarpada, con despedidas y deseos de mucha suerte.

Seguramente hubiera escrito una carta a mi esposa para tranquilizarla y por medio de ella a mis tres hijos, que ya comenzaba a extrañar en ese momento.

La navegación sería en superficie hasta un determinado punto, haciendo los ajustes necesarios del buque.

Seguramente pasaríamos, ya en inmersión, por el este de la Isla de los Estados.

Iba a ser la primera vez que navegaría por esa zona, pero estudiando la carta seguramente sortearíamos con facilidad los escarceos de marea que en ella figuraban, y no se presentarían mayores inconvenientes.

Luego, seguiríamos por el sur de la Isla, Pacífico Sur y de allí al área de patrulla.

Seguramente ya detrás de mí estarían encolumnados los otros 3 submarinos en servicio en ese momento.

No sé por qué, pensaba que hubiera sido el primer submarino en zarpar y que el área de patrulla asignada sería la más metida en el Pacífico y frente a las costas chilenas, donde podría salir la flota de ese país para dirigirse a la probable zona de operaciones, que se me ocurría sería al sur del Cabo de Hornos.

Y cuando hubiera pasado la zona antes mencionada, navegando rumbo oeste, comenzarían a tomarse todas las medidas de seguridad necesarias, que harían que la vida a bordo se tornara cada día más difícil.

Me imaginaba silencio en combate, sólo luces rojas y pocas para ahorrar baterías, sin aire acondicionado, solamente la gente de guardia levantada, para no producir mucho anhídrido carbónico, que comenzaría a enrarecer el aire respirable. Pocos días de baño para ahorrar agua dulce.

Calculaba que el buque viviría solamente las pocas horas de oscuridad durante la media noche, en las cuales aprovecharíamos para cargar baterías, poner en servicio el aire acondicionado, encender todas las luces, comer, hacer bromas, jugar a las cartas, en fin, las cosas que no se podían hacer en el resto del día.

Ya en aguas chilenas, pero sin haber llegado al área de patrulla asignada, escucharíamos algún rumor hidrofónico y saldríamos a profundidad de periscopio para investigarlo.

Nunca había navegado por esas aguas pero suponía que las tormentas serían cosa segura. De manera que imaginaba que cuando estaba a la profundidad ordenada y dijera "arriba periscopio" me encontraría con un mar embravecido y a lo mejor por el rumbo elegido las olas podrían haber sacado el buque a superficie y se me hubiera dificultado llevarlo a inmersión nuevamente.

Pero, por las millas que tenía navegadas en submarinos, mi experiencia como Jefe de Inmersión y con la ayuda inestimable de mi gente seguro que lo hubiéramos conseguido sin mayores inconvenientes.

Y en algún momento tendríamos que haber llegado al área de patrulla.

Para ese momento ya habrían pasado unos cuantos días desde la zarpada.

Como imaginaba que hasta allí no había tenido motivos para hacer ninguna comunicación radioeléctrica, el Comandante de la Fuerza de Submarinos seguro estaba pensando que no sabía nada del *Santa Fe* y podría estar preocupado.

Pero también sabía que mi Comandante me conocía y por eso diría más o menos lo siguiente: "No se preocupen, es su manera de ser, no hablar mucho coincide con su personalidad".

Otra cosa que podía haber ocurrido era que alguien de la tripulación hubiera tenido un problema de salud y que fuera complicado.

Por ejemplo, una peritonitis. A bordo no había médico. Sólo un cabo enfermero con mucha experiencia y dispuesto a actuar en la emergencia, ya que no podría ser desembarcado por la situación imperante.

¿Y si se complicaba?; ¿y si se moría?

Un problema grave. ¿Qué hacer? ¿Tirarlo al mar por un tubo lanzatorpedos? ¿Depositarlo en la cámara frigorífica? ¡Qué dilema!

Lo mejor hubiera sido pensar que después de 48 horas de una interminable y angustiada espera, se iba a recuperar y comenzaría nuevamente con sus tareas diarias.

Otro tema que hubiera surgido a esa altura era analizar cuál había sido el comportamiento de la dotación hasta ese momento.

Ya había pasado un tiempo bastante largo desde la zarpada y las condiciones a bordo seguro comenzarían a cambiar.

Averías, incertidumbres, vida no muy placentera, pensamientos como los míos, necesidad de cargar baterías y no poder hacerlo por detección de radares en funcionamiento, escasez de oxígeno a bordo, rolidos exagerados a 100 metros de profundidad, desconocimiento de la posición real porque cuando sacábamos antena del magnavox, no pasaba ningún satélite o no se podía obtener posición.

Pero seguro que el ánimo de mis oficiales y de la tripulación sería de lo mejor.

Nos conocíamos muy bien a esa altura y confiaba a muerte en ellos.

Es indudable que no tendría ningún problema de conducción y todos estarían con mucho ánimo y pensando que lo hacían para defender la soberanía de la patria, a la que habían jurado defender hasta perder la vida.

Y todo ello influiría de una manera hartamente positiva en mí y me daría fuerzas para seguir adelante.

Y hubiera llegado el momento esperado. La detección de la flota chilena que se dirigía a algún punto del Atlántico Sur.

Y que pasaría por arriba de nosotros, con la posibilidad cierta de detectarnos.

Sin dudar hubiera ordenado tocar "combate", cubrir todo el mundo sus puestos, alistar torpedos y tenerlos listos a lanzar.

Y pensaría: “Puede que pasen sin detectarnos”. Hubiéramos obtenido el número y clase de buques que eran, su rumbo y su velocidad.

Y pasado ese momento, enviaría mis primeros mensajes informando a mi Comandante la posición de los buques y esperando que esa comunicación no fuera interceptada por algún buque de la flota chilena. Y hubiéramos seguido atentos en el área de patrulla.

Seguro que a estas alturas ya estaría el cardenal Zamoré en el país, antes o después iría a Chile y se hubieran solucionado los problemas.

A partir de allí, en algún momento iba a recibir la orden de repliegue y dirigirme a alguna área de espera en aguas propias, por ejemplo al norte de Isla de los Estados.

También se me ocurre que habríamos pasado Navidad y Año Nuevo en inmersión, y de alguna manera festejando esos dos importantes acontecimientos y dando Gracias a Dios que todo se había resuelto en forma satisfactoria.

Asimismo pensaba que a esa altura tendría que haber tenido averías importantes.

Se me ocurren ahora:

- Problemas con el sistema de contramedidas electrónicas.
- Motores y bombas fuera de servicio.
- Incendio en un motor eléctrico de propulsión.
- Ruidos por chapas sueltas.

Pero el *Santa Fe* seguiría operando, y de muy buen ánimo, que era lo importante.

Seguro que para entonces el Comandante de Fuerza se había embarcado en algún buque, que nos haría de apoyo con personal de su Estado Mayor.

Y en algún lugar iríamos a su encuentro, para informarle de todo lo acontecido hasta ese momento y aprovechar para hacer distintos tipos de reabastecimientos, por las dudas.

Y llegaría el momento del regreso a casa, después de permanecer por un tiempo bastante prolongado navegando en tránsito de ida y vuelta, en el lugar de patrulla que me habría tocado y en el santuario de espera.

Y así como se me ocurrió imaginar situaciones y hechos probables, ahora debo imaginar cuáles hubieran sido las conclusiones que saqué de este viaje imaginario.

La primera, el orgullo de haber tripulado como Comandante un submarino destacado a una patrulla de guerra real en defensa de la soberanía de la Patria.

Y esta primera y creo más importante conclusión, independientemente de la opinión que se pueda tener de que si el conflicto fue por una decisión acertada o no, era que el *Santa Fe* había cumplido con su misión.

La segunda conclusión, que entiendo resume todas las que se podrían haber sacado, es el comportamiento ejemplar de mis oficiales y tripulación, que dieron todo de sí para cumplir con la misión asignada, habiendo sido esa patrulla la primera experiencia que tuvimos en una tarea de esa naturaleza a bordo de un submarino.

En el caso de que hubiera sucedido, no me cabe ninguna duda que esas dos conclusiones estarían escritas, como reconocimiento de lo más merecido a la gloriosa Arma Submarina Argentina. ■